



DOLORETES

POR

Elisa Ruiz Romero
y Manuel San Germán

N.º 92

30 cts.

La Novela Femenina *Cinematográfica*

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 719. - Barcelona

Año II

N.º 92

DOLORETES

*Adaptación cinematográfica de la zarzuela del mismo título
original de don Carlos Arniches, música de los maestros
Vives y Quislant, interpretada por Elisa Ruiz Romero,
María Comendador, Amalia Cruzado, Manuel San Germán,
José Montenegro, Alfonso Aguilar, Javier Ricera, Julio
Castro y Rodolfo Recober.*

Serie Selecta de "Atlántida, S. A."

MADRID

Exclusiva "TRUFIL"

J. LLATJÓS PRUNÉS

Rambla San José, 27

BARCELONA

DOLORETES

Argumento de la película

El tío Pere, dulzainero de su pueblo, y su mujer, la tía Tona, a pesar de quererse entrañablemente, andaban continuamente a la greña.

Por cualquier nimiedad se disputaban y no había manera de apaciguarlos. Eran como las tormentas. Se calmaban solos. Total, nada: cuatro o cinco truenos, seis o siete rayos, y... el arco iris.

El nieto de los buenos viejos, el apuesto Vicentico, orgullo del tío Pere y tesoro de la tía Tona, era el único que podía poner paz en las continuas querellas de la pareja tan amante y tan irreconciliable.

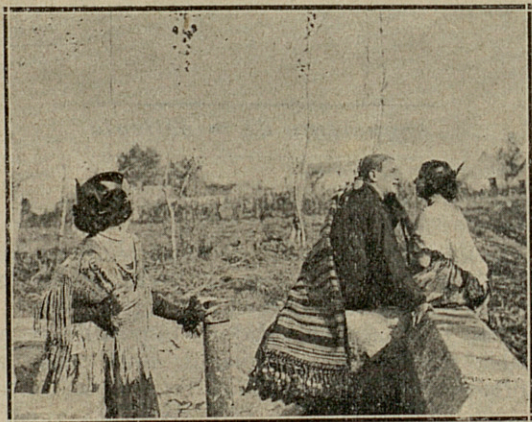
Aquel día, no se sabía por qué, los abuelos gesticulaban y parecía que quisieran morderse mutuamente. Salió Vicentico de la casa... y se acabó la cosa, pues eran poco los ojos de los viejos para contemplarle.

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

Vicentico se dirigió, como todos los días, a la fuente, lugar en que se entrevistaba con su novia, Dolorettes, hermosa flor de la huerta levantina.

Dolorettes le esperaba ya; y al reunirse, se entregaron a su dulce coloquio.



Era Carmeleta, joven huérfana, que amaba en secreto a Vicentico.

Otra moza llegó a la fuente mientras los prometidos se arrullaban.

Era Carmeleta, joven huérfana, que amaba en secreto a Vicentico.

Al ver a los novios a pocos pasos de ella sin noción de su presencia, sus miradas no podían apartarse de ellos.

Un mozo, Jaime, amigo de la infancia de Vicentico, había descubierto el secreto de Carmela; y aquel día, al sorprenderla, sin ser advertido, en la fuente, comiéndose con los ojos al que ella amaba, en idilio con Dolorettes, llenóse de compasión, pues la tristeza de la huérfana expresaba su gran amor.

Por si la melancolía de Carmela no bastara para demostrar cuánto quería a Vicentico, su botijo revelaba el secreto; que dice cierto cantar:

*Moza que deja en la fuente
que el cántaro se vierta,
o está hablando con su amor
o está llorando sus penas.*

Al darse cuenta de que eran observados por Carmela, Vicentico y Dolorettes, sin sospechar los sentimientos de la huérfana, interrumpieron su diálogo y la saludaron cariñosamente, marchándose a poco.

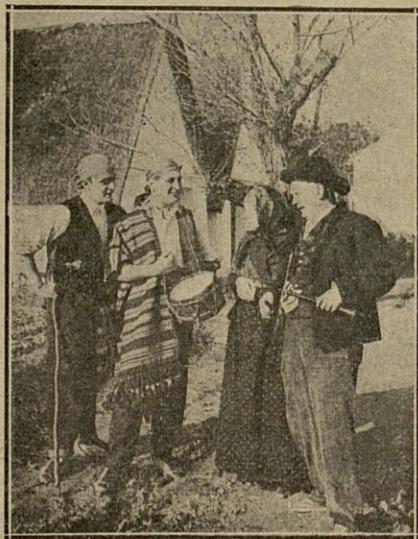
Aquella tarde, los abuelos, Vicentico y Jaime, después de haber ensayado el tío Pere y Vicentico las piezas de su repertorio, tocando la dulzaina el simpático viejo y el tamboril el buen mozo, fueron a dar un paseo... pero Vicentico se separó de sus abuelos y de su amigo, cuando dió la hora de ver a su Dolorettes, cuya sólo, pues ni al hijo del alcalde, el presuntuoso Nelo, le hacía ella caso.

Todos los días festivos, los huertanos se reunían en la plaza del pueblo, donde se celebraba baile.

El alcalde y su secretario, hombrecito ridícu-

lo, gran latinista y loco de remate por las mujeres, no faltaban nunca a las manifestaciones de júbilo de su pueblo.

Las mozas, luciendo sus mejores galas por



Aquella tarde, los abuelos, Vicentico y Jaime, después de haber ensayado el tío Pere y Vicentico las piezas de su repertorio...

ser fiesta, quitaban el sentido al secretario, el poco que le quedaba, si aun le quedaba algo. No contento con contemplarles el rostro, aterciopelado y rosa como los melocotones, buscaba

las gracias ocultas, tales como la rodilla... la liga... y lo que fuere.

La debilidad del secretario tenía indignadas a las huertanas, y el enfermo de curiosidad recibía chasco tras chasco... pero se quedaba tan fresco.

El alcalde estaba cansado de llamar al orden, como autoridad, a su segundo, y aunque insistía siempre, estaba convencido de que perdía el tiempo. Así, pues, no sería de extrañar que el mejor día cualquier mozo de genio dejase a don Jorgito sin muelas y le hiciera olvidar de un puñetazo todo su latín.

El tío Pere y Vicentico tocaban en el baile de las fiestas, sin que ello quiera decir que este último dejaba de bailar, ya que cuando Doloretas manifestaba deseos de hacerlo, él se hacía reemplazar por otro, mozo o viejo, que tocase el tamboril.

Nelo deseaba a Doloretas con todas las fuerzas de sus sentidos. Unos amigos suyos, enterados de los desdenes que él recibiera siempre que se acercó a la hermosa mujer, le dijeron, aquel domingo, viendo a Doloretas con varias amigas, sin intención de bailar con Vicentico, que tocaba tranquilamente el tamboril:

—Mira qué bella está Doloretas, Nelo. ¿A que no te atreves a sacarla a bailar?

Nelo no vaciló en demostrar que no era tímido, suponiendo que Doloretas no sabía negarse a complacerle, ya que la invitaba públicamente; pero ella le dió un nuevo desengaño.

Vicentico alegróse de la conducta de su novia con Nelo, y dejando en manos de otro to-

cador su tamboril, fué a sacar a bailar a Doloretas.

La moza, orgullosa del gesto de su Vicentico, confundióse al momento, con él, con las otras parejas.

Nelo, enardecido por la ironía de sus amigos, no pudo disimular su despecho. Acercándose a Vicentico, le dijo:

—¿Temes que te quiten a esa moza, que le tienes prohibido que baile conmigo?

Vicentico sacudió a Nelo enérgicamente.

—Soy más hombre que tú, y si vuelves a hablar de ese modo...

—¿Qué harás, bravucón?

—Cortarte la le agua.

—Si no fuera porque me das lástima...

—¡Cobarde!

Brilló la hoja de una faca. Vicentico había cegado y estaba pronto a demostrar a su rival que sabía defender a la mujer que amaba.

Nelo esgrimíó también su faca, y, sin que nadie pudiera evitarlo, los dos mozos riñeron.

Vicentico desarmó a Nelo, lo derribó en tierra y tuvo su vida a su merced... pero no abusó de su superioridad, porque, además de sus buenos instintos, Doloretas gritóle:

—¡Vicente, no le mates!

El noble mozo, dando por terminada la lucha, dijo a su enemigo:

—Le vántate. Por Doloretas te perdono la vida. Dale las gracias.

El tío Pere, que con la tía Tona había pasado unos momentos de angustia atroz, abrazó

a su nieto, brotando perlas de los ojos de los ancianos.

Y Doloretas, ufana, murmuró:

—Eres un hombre, todo un hombre, Vicentico.

Otros testigos había tenido la disputa, que se inquietaron mucho por la suerte que pudiera correr Vicentico. Eran Carmeleta y Jaime, ella como mujer loca de amor por él, que amaba a otra, y el amigo, por cariño de hermano.

**

Unos días después, Vicentico, que había caído soldado, recibía la orden de incorporarse a los quintos del pueblo.

¡Qué tristes estaban los abuelos!

El día de la marcha, los ancianos lloraban desde que se levantaran. Durante toda la noche no pudieron conciliar el sueño pensando en la cruel separación.

—Animo, mis queridos viejos, que esto no es nada — decíales Vicentico, para consolarlos.

Fuera de la casa, los amigos, Doloretas y Carmela, esperaban a Vicentico para despedirlo como se merecía.

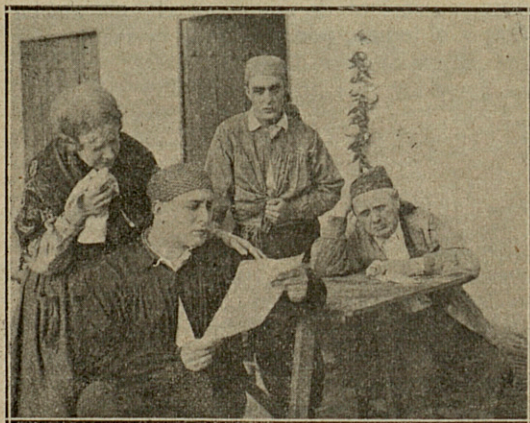
Doloretas estaba desconsolada.

—No llores, mujer, que dos años pasan pronto.

—¿Y la guerra, Vicente? ¿Y si te quitan la vida?

—¡Cómo me van a quitar la vida, si mi vida eres tú y aquí te quedas!

Los abuelos, en su desesperación, disputábanse los abrazos del nieto.



Unos días después, Vicentico, que había caído soldado, recibía la orden de incorporarse a los quintos del pueblo.

Carmeleta, sin que nadie más que Jaime, que no se había separado desde la víspera de su fraternal amigo, la descubriera, dejaba que sus ojos se anegasen en lágrimas de infinita amargura.

De pronto llegó ante Vicentico su rival, Nelo, el hijo del alcalde. Su mano tendióse hacia Vicentico.

—Vicentico, aquello que pasó entre nosotros por mí está olvidado. ¿Me das tu mano de amigo?

Vicentico miró a Nelo, y viendo en su rostro la expresión de la sinceridad, arrepentido por su pasada conducta, accedió a reconciliarse.

—He aquí mi mano, Nelo, y no se hable nunca más de aquello.

Los abuelos no querían separarse del amado nieto; mas era preciso.

—¡Adiós, Vicentico! ¡Vuelve pronto!

—¡No lloren ustedes, que yo volveré!

Y alejose el apuesto mozo, rumbo a lo desconocido...

Los dos viejos quedaron llorando, abrazados para hallar consuelo juntando su pena.

Jaime no encontraba palabras bastantes para calmar la aflicción de los ancianos, y Carmeleta, anhelosa de recordar a Vicentico al lado de los dos seres que le adoraban, acercóse al abuelo y le dijo:

—Tío Pere, yo soy huérfana. ¿Me dejan ustedes que viva aquí hasta que vuelva Vicentico?

La tía Tona miró a su marido. La proposición de Carmeleta era una grata sorpresa. Conocidas de todos eran sus virtudes... y no supieron cómo expresarle, aceptando, su gratitud.

—Hija mía, gracias por tu ofrecimiento, y si lo que buscas es el cariño de que desde pequeña te ves privada, no dudes de que en el corazón de estos viejos lo habrás de encontrar.

Jaime, que no conociera nunca el interés, se alegraba, tanto como los abuelos, de la inesperada determinación tomada por Carmeleta... para estar más cerca de Vicentico.

Las protestas de amistad de Nelo eran falsas.

El muy hipócrita había buscado en su gesto de falso arrepentimiento el medio de llamar la atención de Doloretos.

Apenas Vicentico estuvo fuera del pueblo, Nelo esperó el paso de Doloretos por la huerta, y la vio regresar a su casa sin que ella se diera cuenta de que él la espiaba.

—Esta es la mía — se dijo—. Ya veremos si ahora también Doloretos me rechaza.

Arrancó con odio una naranja, y mientras la mondaba, regresando a su hacienda, su espíritu empezaba a forjar el plan que le daría la venganza deseada.

Por la noche, el tío Pere, inmensamente solo, arrinconaba su dulzaina y el tamboril de Vicentico.

—¡Pobre dulzaina mía! — gemía acariciando el instrumento — ... El tamboril era tu alegría... y no puede tocar solo... Falta Vicentico. Tendremos que esperar su regreso... si Dios permite que vuelva.

Oyóse un sollozo prolongado... y murió, como si alguien acabase de soplar en ella, la luz del quinqué...

Sin duda, en las sombras, el alma de Vicentico besaba al *agüelet*.

*
**

Pasaron cerca de dos años, durante los cuales cambiaron mucho las cosas y los sentimientos.

Nelo, en la plaza del pueblo, esperaba la hora de oír la misa.

Doloretos no tardó en aparecer, camino del templo, y al caérsele un objeto al suelo, Nelo, como si hubiese estado esperando tal coyuntura, la alcanzó, recogió ese objeto y se lo entregó a su dueña, estrechando su mano al sentir la suya su contacto. Doloretos, mirándole furtivamente y ahogando un suspiro, correspondió a la presión... como aceptando algo...

Las gentes del pueblo se interesaban continuamente por Vicentico... pero los abuelos no sabían nada de él y estaban muy intranquilos.

La tía Tona quería hacer partícipe de su pesimismo al tío Pere, pero éste, como siempre, le llevaba la contraria.

—Vicentico volverá... A mí no me ha engañado nunca mi nieto.

Oyéndole hablar así, Carmeleta sonreía al tío Pere... pues él, como ella, confiaba en el regreso del querido ausente.

Unos días después del encuentro de Nelo

con Dolorettes junto a la iglesia, el hipócrita sorprendió a la novia de Vicentico en un sitio solitario y le habló sin rodeos, apremiándola a que se decidiese a seguir sus consejos.

—¿Por qué dudas, Dolorettes, si sabes que toda mi hacienda será tuya?

—No sé, Nelo... no sé... Una voz me dice que debo hacerte caso... que tú me quieres... que yo también te quiero... pero otra voz...

—Olvida a ese infeliz. Tú también tienes derecho a elegir el partido que más te convenga.

Dolorettes vaciló otro poco... pero al fin accedió a las pretensiones de Nelo, influyendo en ello sus riquezas...

Pasaron algunas semanas, y una noche, cuando Jaime, el fraternal amigo de Vicentico, volvía de caza, vió a Dolorettes en la ventana de su casita haciendo señas a alguien que estaba escondido en la huerta.

—¿Con quién estará hablando Dolorettes? — se preguntó el noble mozo.

Acercóse resueltamente a saludar a Dolorettes, no sospechando la doblez de ella, pero retrocedió, antes de que nadie pudiera descubrirle, al ver surgir de las sombras a Nelo.

Oculto detrás de un muro de vegetación, Jaime observó lo que hacía Nelo, y su sorpresa fué indescriptible al tener la evidencia de la infamia que cometía Dolorettes con Vicentico... pues Nelo penetraba en su cuarto por la ventana, a la que ella estuviera asomada hasta entonces dándole la señal de subir.

Jaime llevóse la escopeta a la altura de su hombro derecho, para descargarla sobre Nelo,

pero desistiendo repentinamente de su intención, dijo para sí con rabia:

—Una perdigonada es poco para esa traición. Cuando vuelva Vicentico, que lo vea y cargue la escopeta con lo que quiera.

Siguió Jaime un buen rato en su escondite... pero la ventana de la falsa Dolorettes no volvió a abrirse...

Al día siguiente, Jaime se tropezó con Dolorettes, y no pudo callarse el reproche que para ella tenía dentro de su pecho.

—Anoche te vi, y eso que estás haciendo con el pobre Vicentico es una canallada.

—Métete en lo que te importe, Jaime. A veces uno cree ver muchas cosas... Además, yo no tengo ningún contrato firmado con Vicentico.

—No te creía como eres, Dolorettes.

—¿Querrás dejarme en paz?

—Bien... bien... Allá tú, mujer...

Iban pasando los días, y, en tanto, los abuelos esperaban...

Una vecina fué a preguntarles por Vicentico.

—Ya va para un año que no sabemos de él... pero le escribimos todos los meses.

—¿Qué raro que no les conteste! Y ¿le ponen ustedes bien la dirección?

—Naturalmente...

—¿A qué señas le dirigen las cartas?

—Señas no sabemos. Ponemos en el sobre nada más que: *Don Vicente Llopis, en Marruecos.*

—Pero... ¡con esas señas no llegarán las cartas!

—¡Mujer, no han de llegar! Sabiendo que son de sus abuelos, yo creo que se las darán.

Carmeleta estaba dentro de la casa.

La vecina continuó hablando con la tía Tona, y el tío Pere, aprovechando la distracción de su esposa, entró en el hogar y dijo a Carmeleta, indicándole, poniéndose un dedo sobre los labios, que no hiciera ruido:

—¿Quieres escribir una carta que te dictaré para Vicentico?

La huérfana no se hizo repetir la pregunta.

—Ya está todo a punto — contestó en voz baja.

—Pues, ponle... ponle... Eso es... *Apreciable y querido nietecito Vicentico...*

—*Vicentico...*

—*Sin denguna tuya...*

La tía Tona entró en aquel momento.

—¿Qué estáis haciendo ahí los dos? ¡Escribir a Vicentico!

—Quita, quita, vieja entrometida...

—¡No, si soy yo quien va a dictar, porque no quiero que sigas engañando a mi nieto, que eso es una infamia!

—¡Yo engañando!... ¡Yo una infamia!... ¿Dónde está la tranca?

—¡Sí! ¡Sí!

—¡Carmela, escribe! ¡Escribe, te digo! Y tú, bruja, para que te calles, te amordazo.

—Ya está, tío Pere, ya está...

—Ponle, y aprisa... *Me alegraré que al recibir la presente te halles con la salud que yo para mí sólo deseo. (Tu abuela, que se fastidie. Y no le*

hagas caso, que es una embustera. ¡Mecachis en tu abuela!)

Cuando hubo dictado eso, el tío Pere soltó a su costilla.

—¡Hala, ahora pon lo que quieras!

—Sí que se lo voy a poner, sí. Escribe, Carmeleta, hija mía... Ponle: *Vicentico, no te acuer-*



—Ponle, y aprisa... Me alegraré que al recibir la presente te halles con la salud que yo para mí sólo deseo.

des de Dolorettes, que es una falsa y una traidora... Cuando llegues, no encontrarás más que el cariño de tus abuelos, que no viven sin ti...

—Eso sí, ponlo, Carmeleta — dijo el tío Pere, emocionado.

—... *tus pobres abuelos que no se han muerto*

ya de pena, porque esperan ver cerca esa mano tuya que ha de cerrar sus ojos...

El tío Pere, viendo llorar a su mujer, y llorando él también, tocado en lo más vivo, se acercó a la pobre vieja, y quedaron fuertemente abrazados.

—Tienes razón, Tona, tienes razón...

Y, arrepentido de lo duro que se había portado con la anciana hacía un momento, dijo a Carmeleta:

—¡Borra lo de... mecachis en tu abuela!

Y Carmeleta, cuyos ojos estaban nublados... borró la "grávisima ofensa".

**

Algunos días después llegó un viajero que no se esperaba tan pronto.

Jaime, trabajando en su huerta, vió al recién llegado, y dió un grito, corriendo a su encuentro.

Iba a darle alcance y le perdió de vista.

—¡Qué es esto! ¿Dónde se habrá metido?

Corriendo a todo correr, Jaime fué a la casa de los abuelos. Encontró a Carmeleta.

—¿No ha llegado nadie? ¿No has visto a nadie? ¿Ha ocurrido algo anormal? ¿Se ha recibido algún aviso?

—No, Jaime. ¿Qué sucede?

—¡No estoy soñando, no! ¡Yo le acabo de ver, pero se ha escondido!

—¿A quién, Jaime, a quién?

—¡A Vicentico!

—¡Virgencita mía! ¿Dónde le viste, Jaime?

—Se me apareció de repente... quise darle alcance... y perdí el tiempo...

—Pero ¿estás seguro que era él?

—Eso quería yo averiguar... pero me he quedado sin saberlo de fijo; el bancal se anegó ¡y se ha quedado sin cebollas y el pueblo sin esto: fado hasta la cosecha próxima!

—No digas nada a los abuelos. No es posible que fuera Vicentico... pues ya estaría aquí...

—Eso es lo que me estaba diciendo yo, ahora mismo... Sin embargo... sin embargo... En fin, voy a dar una vuelta por ahí, porque estoy seguro que no estaba soñando cuando le vi.

El alcalde y el secretario del pueblo llamaron unos minutos después a la puerta de la casa de los abuelos de Vicentico.

Salió a abrirles el tío Pere.

—¿A qué debo el honor de esta visita, señores?

—Los mozos del pueblo me han rogado que viera a usted para convencerle de que tocara en los bailes.

—No puede ser, señor alcalde... La alegría de mi dulzaina era el tambor de Vicentico. Hasta que él vuelva no toco para nadie.

—¿De modo que...?

—Lo siento, señor alcalde... pero usted sabrá comprender mi dolor...

Despidiéronse el alcalde y el simple de don Jorgito del abuelo, y dijo el primero al secretario, lamentando la negativa del tío Pere:

—¿Qué vamos a decirles a los mozos?

—Muy sencillo, señor alcalde. A los mozos les diremos que volvemos *rabum inter pernorum*.

—No se puede hablar en serio con usted.

—Señor alcalde... señor alcalde... Me expreso en latín.

—Por eso... por eso... Con su latín se pone usted... latón.

Los mozos del pueblo recorrían las barracas haciendo una colecta para mayor esplendor de la fiesta, pues se acercaba el día de la Virgen. Le tocaba el turno a la barraca del tío Pere.

Jaime, enterado de que, a pesar de todo, Dolorettes y Nelo decidían ir a pedir limosna para la Virgen al abuelo de Vicentico, fué a avisar al viejo.

—¡Nelo y Dolorettes van de pareja a la cabeza de la comitiva, y han dicho que vienen aquí!

—¡Infames! ¡Que vengan si se atreven!

En efecto, Nelo y Dolorettes, al frente de los mozos del pueblo, jinetes en enjaezadas cabalgaduras, detuvieronse ante la puerta de la casa de los abuelos.

Salió el tío Pere.

—Para la Virgen vamos pidiendo una limosna —dijole el mozo que se apeara para llamar a la puerta.

El tío Pere le respondió:

—Para la Virgen de mis amores siempre he tenido mi bolsa abierta... Para la estima de los huertanos, mi amistad noble... Pero a la audacia de los traidores, cierro mis ojos y mi puerta.

Dolorettes se ocultó detrás de Nelo, a quien el viejo miraba con desprecio.

Pero como la limosna no había sido negada,

Nelo, cuando el tío Pere desapareció hacia el interior de su casa, dijo a sus amigos:

—Adelante. El tío Pere ha dado la limosna, que era lo principal.

Cuando, un poco después, Jaime volvía a su



—...Pero a la audacia de los traidores, cierro mis ojos y mi puerta.

huerta, recibió una sorpresa inenarrable con la confirmación de que antes había visto a Vicentico, como ahora le veía, pero no tan cerca. El simpático soldado quitábase el polvo y descansaba un poco para aparecer ante los suyos sin dar muestras de fatiga.

—¡Vicentico!

—¡Jaime!

—¡Lo que me hiciste cavilar!

—¿Por qué?

—Porque te había visto hace un momento.
¡Qué alegría van a tener los abuelos!

—Vamos allá, que estoy ansiando “prensarlos” contra mí.

La petición de los mozos por boca del alcalde, la osadía de Dolorettes paseándose por el pueblo con Nelo por pareja, el recuerdo de Vicentico; todo eso llenó de amargura el corazón del tío Pere.

Para consolarse, el buen viejo cogió su dulzaina y la acarició.

*Ven a mí, dulzaina mía,
y alégrame con tus sonos,
tú que me das alegría,
porque me das ilusiones.*

Tocando estaba, cuando oyó el tamboril de Vicentico, cuyo sonido iba acercándose.

—¡Qué es esto, Dios mío! ¡Es posible que haya alguien en el pueblo que toque como mi nieto!

El que tocaba era el mismo Vicentico. Jaime fué a buscar el tamboril para dar una sorpresa al abuelo.

Como los sonidos estaban ya a dos pasos de sí, el tío Pere no dudó más de que no estaba soñando, y levantándose temblando, agitó los brazos.

—¡Vicentico! ¡Vicentico! ¡¡Vicentico!!

El soldado acaba de aparecer.

—¡Agüelet! ¡Agüelet!

Se fundieron nerviosamente en apretado abrazo.

La tía Tona, Carmeleta y algunos vecinos acudieron.

La tía Tona y el tío Pere, como de costumbre, pero aquella vez con distinto motivo, se daban mayúsculos codazos, para quedar solos, respectivamente, en los brazos de Vicentico.

Jaime, contemplando la conmovedora escena, comentó jocosamente:

—Cuando le suelten no queda ni para tacos.

Pasada la natural “locura” del primer momento, Vicentico preguntó por su novia.

—¿Y Dolorettes?

Unos y otros se miraron sin contestar.

—¿Qué le pasa a Dolorettes, que nadie sabe hablarme de ella? —inquirió intrigado, pero lejos de la realidad, el soldado.

Al fin el abuelo decidióse a ser franco.

—Mira... tiene otro novio... pero tú, despréciala.

Un garrotazo no hubiera causado peor efecto en Vicentico. Como el abuelo no dijo más, dejando a la suspicacia del nieto el adivinar el resto, Vicentico, entrando en la casa seguido de su amigo, dijo a éste, el buen Jaime:

—Tú, que eres para mí como un hermano, me dirás la verdad.

—Sí, Vicentico. Vale más que lo sepas de una vez. Dolorettes te engaña con Nelo. Yo le he visto muchas veces saltar por su ventana.

—Gracias, Jaime.

Precipitadamente, Vicentico vistióse de paisano y salió disparado a la calle.

El tío Pere leyó en el rostro de su nieto que iba a cometer una locura.

—¿A dónde vas, Vicentico?

—¿Que dónde voy? ¡Por su cariño, que era mío!... ¿Está en otro corazón?... ¡Pues de allí le arrancaré!

La tía Tona y Carmeleta ahogaron en sus gargantas gritos de horror; y dijo el tío Pere, cerrando el paso a su nieto:

—Pues, óyeme. ¡De aquí no saldrás más que a la fuerza! ¿Para qué te quieres ir, desgraciado?

—Para recoger lo mío, para no pasar por el pueblo y que la gente me mire, se ría y diga: "A ese cobarde le han quitado el alma y sin ella va".

La tía Tona gritó:

—¡No le dejes!

Entonces Vicentico, enfrentándose con su abuelo, como de hombre a hombre, preguntóle:

—Abuelo, contésteme para que sepa yo si bendecir o renegar de mi casta. Si tuviera usted mis años y mi sangre, y le quitaran a usted mi querer, que es su vida, ¿qué camino tomaría usted?... ¿Ese... la fuga al campo... la resignación... la muerte cobarde... o ese, la defensa, la venganza, la justicia?

El tío Pere sentía el ardor de sus tiempos juveniles, y por más que la prudencia de los muchos años se alzaba en él queriendo sobreponerse a todo otro sentimiento, falló de acuerdo con su conciencia.

—¡¡Ese!! — respondió, señalando el camino de la venganza.

—¡¡No!! — protestó la abuela.

—¡Sí!... ¡Ese!... ¡Ese! — insistió el abuelo, con fiebre, enardeciendo a Vicentico.

*
**

Aquella noche...

—¡Vicentico! — exclamó, asustada, Dolorettes, al ver que era el ausente el que había saltado por la ventana en lugar de Nelo.

—No, yo no soy Vicentico... Yo soy Nelo, el que tú esperabas. Vicentico no volverá, porque si vuelve preguntando por su cariño, le contestará mi faca... y esta faca se parece a tu querer, que cuando llega al corazón mata.

—¡Perdón!... Yo pensaba que me habías olvidado... Soy una traidora... Mañana hablaremos... ¡Pero vete ahora, por Dios!

—¿Estás loca?... ¡Una traidora, la que me decía en su última carta: "*Sin ti no vivo, para ti sólo tu Dolorettes*"!

Nelo saltaba, a su vez, por la ventana. Al oírle, Vicentico calló y obligó a callar a Dolorettes.

Al ver Nelo a Vicentico echó mano de su faca.

—¡Soy yo, no te asustes!... Y no puedes quejarte: te encuentras con el cariño y la amistad. Las dos cosas venía yo a buscar y me encuentro con tu faca... pero guárdala, no es para ella mi visita — dijo Vicentico.

—Si lo sabes todo, a punto estoy. ¿A qué esperarnos?

—¡Ca!... No quiero sangre... Eso lo acaba todo... No me conviene.

Dolorettes preguntaba a Vicentico, con angustiosas miradas, cuál era su intención.

—Tú que me has quitado la alegría, sin ale-

gría te has de ver como yo. Ni mozo que te ronde, ni corazón que te quiera.

Nelo protestaba con el gesto.

—Tú sin su cariño, Nelo, como yo. Justicia seca. Los tres iguales. Conque, despídete de ella.



—Si lo sabes todo, a punto estoy. ¿A qué esperarnos?

—Y eso, ¿qué es... envidia o miedo?

—Las dos cosas, Nelo: miedo de matarte y envidia de la tierra que te ha de deshacer, traidor.

—Pues, escucha: alegría ha de tener mientras yo viva. Para mí será su cariño que era tuyo. Ya lo sabes; ven por él.

—Pues basta. Si para ti la quieres, no me la robes como un ladrón, de noche, sino a la luz

del día. Mañana hay danzas. La pareja de Dolorettes quiero ser como siempre lo he sido. Ven allí a quitármela.

—Iré.

**

Sentados ante un velador del mejor café, varios huertanos escuchaban a Nelo.

—Yo os juro que esta tarde bailo con Dolorettes, y si Vicentico se opone, peor para él.

El alcalde se enteró — por su secretario — del desafío en puerta entre su hijo y Vicentico, y esperaba la ocasión para hablar con Nelo.

El tío Pere presentóse cerca del café y mandó llamar al falso amigo de su nieto.

El alcalde y el secretario, éste imitando a la primera autoridad, acercáronse, sin ser vistos, para sorprender la plática del abuelo con Nelo, que se unió a él apenas avisado de que quería hablarle.

—Sé que Vicentico y tú estáis desafiados por causa de Dolorettes; sé que os encontraréis frente a frente y que os habéis de agarrar.

—Y ¿viene usted a pedirme que no le haga daño?

—¡No, eso no!... Vicentico lleva mi garrote, y éste, con sesenta años de práctica... pega sin que le manden. Es que si eres hombre honrado y tienes vergüenza, Dolorettes no puede ser tuya.

—¿Por qué?

—¿Lo quieres saber?... Pues porque por su ventana no eres tú el primero que salta.

—¡Mentira! ¡Eso lo dice Vicentico de rabia, y la lengua le he de arrancar!

—Lo dice quien en eso no puede mentir, lo dice ella. Lee. Este es uno de los papelotes que le escribió cuando él estaba en Marruecos.

Nelo leyó las líneas que le indicaba el tío Pere.

...esa ventana, Vicentico, por la que tú saltabas, cerrada la tiene mi querer para otro hombre que no seas tú...

Nelo hubo de rendirse a la realidad. Calló. Desdeñoso, el tío Pere tiró la carta a sus pies.

—Ahí la tienes... Léela despacio... ¡Hay mujeres que son peor que una puñalada!

Nelo fué para recoger la carta, pero su padre se lo impidió.

—¡No la cojas! No hace falta... ¡Lo he oído todo! ¡Abre los ojos, hijo mío!

La revelación era cruel. Sin embargo, todo a su rencor, Nelo rugió para sus adentros:

—¡A pesar de todo, no bailaré con ella!

Unas horas más tarde, comenzaron las danzas.

Los organizadores de las fiestas iban a recoger a las mozas con sus parejas.

Llamaron a la puerta de los abuelos de Vicentico.

—Carmeleta Carratalá.

Apareció la huérfana, bellísima en su lindo atavío regional.

—¿Quién es la pareja de esta bailadora?

Un mozo se destacó del grupo y le ofreció

su brazo. Buenos partidos tendría la mocita, si ella quisiera...

Después le tocó el turno a Dolorettes.

—Dolorettes Gadea.

Apareció la falsa mujer, irresistiblemente hermosa y coqueta.

—¿Quién es la pareja de esta bailadora?

A un tiempo adelantáronse Nelo y Vicentico.

El que llevaba la latuta en la fiesta dijo ante el dilema:

—Que elija ella.

Dolorettes, para tomar venganza de Vicentico, por lo que pretendía hacer con ella, y segura de que Nelo la protegería contra todos, ofreció a Nelo el ramo de flores con que saliera de su casa.

Al aceptar Nelo el ramo, Vicentico puso una mano sobre él, y apoderándose resueltamente de las flores, las arrojó al suelo, pisoteándolas con rabia.

Las hojas de las facas de los dos rivales relampaguaron con ferocidad.

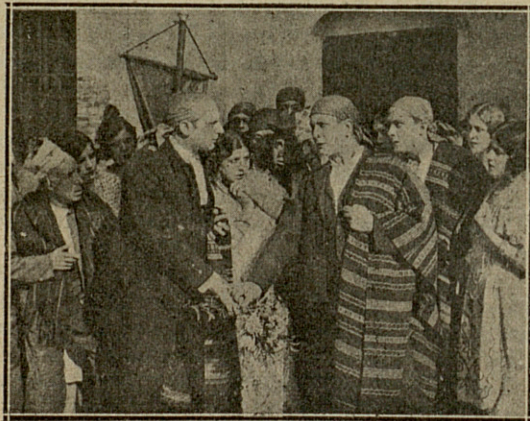
La lucha fué a muerte. Nadie se atrevía a acercarse, y además de los abuelos, Carmeleta, Jaime y el señor alcalde, la gente del pueblo pasaba por un momento horrible, pues uno de los dos luchadores quedaría en tierra... si no se herían los dos, tal era la acometividad de ambos.

Como en la otra ocasión que lucharan, Vicentico desarmó a Nelo, y podía darle muerte, pero sus buenos sentimientos se demostraron públicamente una vez más. No quería abusar de ventaja. El quedaba vencedor, y la condición

que imponía al vencido era la de que Dolorettes quedase abandonada de todos.

Pero Nelo, ofuscado, sacóse del bolsillo de su chaqueta un revólver y lo apuntó a Vicentico.

Afortunadamente, detuvieron al loco, y como



Al aceptar Nelo el ramo, Vicentico puso una mano sobre él.

éste apretó el gatillo, el arma se disparó contra él, matándole.

El alcalde echóse sobre su pobre hijo, comprobando su muerte.

Dolorettes estaba allí, horrorizada, pero sintiendo como un frío en su corazón. Aquello estaba escrito. Ella no tenía la culpa de nada, decía.

—¡Muerto mi hijo!... ¡Por esa infame!... ¡Maldita seas! — clamó el infortunado alcalde.

Vicentico, lamentando en el alma lo ocurrido a Nelo, dijo a Dolorettes, despreciándola como a un reptil venenoso:

—¡Sobre tu conciencia, si es que la tienes, su muerte!

Renunciaba para siempre a la infame, pero su corazón sangraba de pena.

—¡Hijo mío, tú vive con la esperanza de otro cariño, que puede que llegue! — díjole la tía Tona acariciando a Carmeleta.

—¡Que no tiene que llegar, porque está esperando! — añadió presentando a la linda huérfana.

—¡Carmeleta! Pero... ¿es cierto que me mirabas con cariño?

La mocita se ruborizó, y Vicentico estrechóla contra sí con gratitud y lleno de dicha.

En tanto Dolorettes, desesperada, pero no arrepentida, que su sino era negro, era abandonada de todos, para que huyese del pueblo, cuya paz había turbado con su traición.

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
PERCY MARMONT

Le interesa saber que:

LA VIUDA ALEGRE

(EDICIONES ESPECIALES
de La Novela Semanal Cinematográfica)
se está agotando comple-
tamente.

MATERNIDAD

(*Los Grandes Films*
de La Novela Semanal Cinematográfica)
obtiene un gran éxito, por
su finísimo asunto.

Y que mañana se pone a la
venta **el Número extraor-
dinario** de fin de mes de
La Novela Semanal Cinematográfica

MARÍA, LA HUERFANITA

por Bessie Love, William
Haines. ¡Excelente asunto!

IMPORTANTE:**Al público**

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:**A LOS CORRESPONSALES**

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbado, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 28, IRUN